

Traducción:

Fernando Hugo Azcúrra: Introducción, Primera, Segunda y Tercera Parte y Conclusión

José Szabón: Textos ilustrativos (excepto los que se consignan a continuación)

Víctor Goldstein: Textos ilustrativos (12, 14, 17, 20, 21, 31, 36) y Entrevista a Pierre Bourdieu

pierre bourdieu
jean-claude chamboredon
jean-claude passeron
**el oficio
de sociólogo**

presupuestos epistemológicos

con una entrevista a pierre bourdieu

XXI siglo veintiuno
editores

rativo de la comprobación, enfrentando la tradición especulativa de la filosofía social de la cual debe liberarse, la comunidad sociológica persiste en olvidar hoy la jerarquía epistemológica de los actos científicos que subordina la comprobación a la construcción y la construcción a la ruptura: en el caso de una ciencia experimental, la simple remisión a la prueba experimental no es sino tautológica en tanto no se acompañe de una explicación de los supuestos teóricos que fundamentan una verdadera experimentación, y esta explicitación no adquiere poder heurístico en tanto no se le adhiera la explicitación de los obstáculos epistemológicos que se presentan con una forma específica en cada práctica científica.

Primera parte La ruptura

1. EL HECHO SE CONQUISTA CONTRA LA ILUSIÓN DEL SABER INMEDIATO

La vigilancia epistemológica se impone particularmente en el caso de las ciencias del hombre, en las que la separación entre la opinión común y el discurso científico es más impreciso que en otros casos. Aceptando con demasiada facilidad que la preocupación de una forma política y moral de la sociedad arrastró a los sociólogos del siglo XIX a abandonar a menudo la neutralidad científica, y también que la sociología del siglo XX pudo renunciar a las ambiciones de la filosofía social sin precaverse empero de las contaminaciones ideológicas de otro orden, con frecuencia se deja de reconocer, a fin de extraer de ella todas las consecuencias, que la familiaridad con el universo social constituye el obstáculo epistemológico por excelencia para el sociólogo, porque produce continuamente concepciones o sistematizaciones ficticias, al mismo tiempo que sus condiciones de credibilidad. El sociólogo no ha salido cuentas con la sociología espontánea y debe imponerse una polémica ininterrumpida con las engeguedoras evidencias que proporcionan, sin mucho esfuerzo, las ilusiones del saber inmediato y su riqueza insuperable. Le es igualmente difícil establecer la separación entre la percepción y la ciencia—que, en el caso del físico, se expresa en una acentuada oposición entre el laboratorio y la vida cotidiana— como encontrar en su herencia teórica los instrumentos que le permitan rechazar radicalmente el lenguaje común y las nociones comunes.

1. PRENOCIONES Y TÉCNICAS DE RUPTURA

Como tienen por función reconciliar a cualquier precio la conciencia común consigo misma, propomiendo explicaciones, aun contradicto-

rias, de un mismo hecho, las opiniones primeras sobre los hechos sociales se presentan como una colección falsamente sistematizada de juicios de uso alternativo. Estas prenociones, «representaciones esquemáticas y sumarias» que se «forman por la práctica y para ella», como lo observa Durkheim, reciben su evidencia y «autoridad» de las funciones sociales que cumplen [*E. Durkheim, texto n° 4*].

La influencia de las nociones comunes es tan fuerte que todas las técnicas de objetivación deben ser aplicadas para realizar efectivamente una ruptura, más a menudo anunciada que efectuada. Así los resultados de la medición estadística pueden, por lo menos, tener la virtud negativa de desconcertar las primeras impresiones. De la misma forma, aun no se ha considerado suficientemente la función de ruptura que Durkheim atribuía a la definición previa del objeto como construcción teórica «provisional» destinada, ante todo, a «sustituir las nociones del sentido común por una primera noción científica»! [*M. Mauss, texto n° 5*]. De hecho, en la medida en que el lenguaje común y ciertos usos especializados de las palabras comunes constituyen el principal vehículo de las representaciones comunes de la sociedad, una crítica lógica y lexicológica del lenguaje común surge como el requisito previo más indispensable para la elaboración controlada de las nociones científicas [*J. H. Goldthorpe y D. Lockwood, texto n° 6*].

Como durante la observación y la experimentación el sociólogo establece una relación con su objeto que, en tanto relación social, nunca es de puro conocimiento, los datos se le presentan como configuraciones vivas, singulares y, en una palabra, demasiado humanas, que tienden a imponérselle como estructuras de objeto. Al desmontar las totalidades concretas y evidentes que se presentan a la intuición, para sustituirlas por el conjunto de criterios abstractos que las definen sociológicamente

1 P. Fauconnet y M. Mauss, artículo «Sociologie», en *Grande Encyclopédie Française*, t. xxx, París, 1901, pág. 173. No es casualidad si los que quieren encontrar en Durkheim, y más precisamente en su teoría de la definición y del indicador (véase por ej., R. K. Merton, *Elements de théorie et de méthode sociologique* [trad. H. Mendras], 2ª ed. aumentada, París, Plon, 1965, pág. 61), el origen y garantía del «operacionalismo» desconocen la función de ruptura que Durkheim confirió a la definición: en efecto, numerosas definiciones llamadas «operacionales» no son otra cosa que una organización, lógicamente controlada o formalizada, de las ideas del sentido común.

—profesión, ingresos, nivel de educación, etc.—, al proscribir las inducciones espontáneas que, por un efecto de halo, predisponen a extender sobre toda una clase los rasgos sobresalientes de los individuos más «típicos» en apariencia, en resumen, al desgarrar la trama de relaciones que se entretreje continuamente en la experiencia, el análisis estadístico contribuye a hacer posible la construcción de relaciones nuevas, capaces, por su carácter insólito, de imponer la búsqueda de relaciones de un orden superior que den razón de éste.

Así, el descubrimiento no se reduce nunca a una simple lectura de lo real, hasta del más desconcertante, puesto que supone siempre la ruptura con lo real y las configuraciones que éste propone a la percepción. Si se insiste demasiado en el papel del azar en el descubrimiento científico, como lo hace Robert K. Merton en su análisis del *serendipity*, se corre el riesgo de suscitar las representaciones más ingenuas del descubrimiento, resumidas en el paradigma de la manzana de Newton: la captación de un hecho inesperado supone, al menos, la decisión de prestar una atención metódica a lo inesperado, y su propiedad heurística depende de la pertinencia y de la coherencia del sistema de cuestiones que pone en discusión.² Es sabido que el acto de descubrir que conduce a la solución de un problema sensorio-motor o abstracto debe romper las relaciones más aparentes, por ser las más familiares, para hacer surgir el nuevo sistema de relaciones entre los elementos. En sociología, como en otros campos, «una investigación sería conduce a reunir lo que vulgarmente se separa o a distinguir lo que vulgarmente se confunde».³

2. LA ILUSIÓN DE LA TRANSPARENCIA Y EL PRINCIPIO DE LA NO-CONCIENCIA

Todas las técnicas de ruptura, crítica lógica de las nociones, puesta a prueba estadística de las falsas evidencias, impugnación decisoria y metódica de las apariencias, son sin embargo impotentes en tanto la sociología espontánea no es alcanzada en su propio principio, es decir en la

2 R. K. Merton, *Elements de théorie et de méthode sociologique*, op. cit., págs. 47-51.

3 «Por ejemplo, la ciencia de las religiones reunió en un mismo género a los tabiles de impureza y los de pureza, puesto que son todos tabiles; por el contrario, distinguió cuidadosamente los ritos funerarios y el culto de los antepasados» (P. Fauconnet y M. Mauss, «Sociologie», loc. cit., pág. 173).

filosofía del conocimiento de lo social y de la acción humana que la sostiene. La sociología no puede constituirse como ciencia efectivamente separada del sentido común sino con la condición de oponer a las pretensiones sistémicas de la sociología espontánea la resistencia organizada de una teoría del conocimiento de lo social cuyos principios contrastan, punto por punto, los supuestos de la filosofía primera de lo social. Sin tal teoría, el sociólogo puede rechazar ostensiblemente las pretensiones, construyendo la apariencia de un discurso científico sobre los supuestos inconscientemente asumidos, a partir de los cuales la sociología espontánea engendraba esas pretensiones. El artificialismo, representación ilusoria de la génesis de los hechos sociales según la cual el científico podría comprender y explicar estos hechos «mediante el solo esfuerzo de su reflexión personal» descansa, en última instancia, en el supuesto de la ciencia infusa que, arraigado en el sentimiento de familiaridad, funda también la filosofía espontánea del conocimiento del mundo social: la polémica de Durkheim contra el artificialismo, el psicologismo o el moralismo no es sino el revés del postulado según el cual los hechos sociales «tienen una manera de ser constante, una naturaleza que no depende de la arbitrariedad individual y de donde derivan las relaciones necesarias» [É. Durkheim, *texto n° 7*]. No otra cosa afirmaba Marx cuando sostenía que «en la producción social de su existencia, los hombres establecen relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad», o incluso Weber, cuando proscibía la reducción del sentido cultural de las acciones a las intenciones subjetivas de los actores. Durkheim, que exige del sociólogo que penetre en el mundo social como en un mundo desconocido, reconocía a Marx el mérito de haber roto con la ilusión de la transparencia: «Consideramos fecunda la idea de que la vida social debe explicarse, no por la concepción que se hacen los que en ella participan, sino por las causas profundas que escapan a la conciencia»⁴ [É. Durkheim, *texto n° 8*].

Tal convergencia se explica fácilmente:⁵ la que podría denominarse

4 É. Durkheim, informe de A. Labriola, «Essais sur la conception matérialiste de l'histoire», en *Revue Philosophique*, dic. 1897, vol. XLIV, 22^e año, págs. 648-55. La acusación de sincretismo que podría provocar la comparación de los textos de Marx, Weber y Durkheim descansaría en la confusión entre la teoría del conocimiento de lo social como condición de posibilidad de un discurso sociológico verdaderamente científico y la teoría del sistema social

principio de la no-conciencia, concebida como condición *sine qua non* de la constitución de la ciencia sociológica, no es sino la reformulación del principio del determinismo metodológico en la lógica de esta ciencia, del cual ninguna ciencia puede renegar sin negarse como tal.⁶ Es lo que se oculta cuando se expresa el principio de la no-conciencia en el vocabulario de lo inconsciente, transformando así un postulado metodológico en tesis antropológica, ya se termine sustentando la sustancia o se permita la polisemia del término para reconciliar la afición a los misterios de la interioridad con los imperativos del distanciamiento.⁷ [L. Wittgenstein, *texto n° 9*]. De hecho, el principio de la no-conciencia no

(sobre este punto véanse págs. 15, 16 y págs. 48-50, e *infra*, G. Bachelard, *texto n° 2*, págs. 130-133). En caso de que no se nos concediera esta distinción, habría que examinar todavía si la apariencia disparatada no se mantiene porque se permanece fiel a la representación tradicional de una pluralidad de tradiciones teóricas, representación que impugna precisamente el «eclecticismo apacible» de la teoría del conocimiento sociológico, rechazando, a partir de la experiencia práctica sociológica, ciertas oposiciones consideradas rituales por otra práctica, la de la cohesión de la filosofía.

6 «Si, como escribe C. Bernard, un fenómeno se presentara en una experiencia con una apariencia tan contradictoria, que no se ligara de una manera necesaria a condiciones de existencia determinadas, la razón debería rechazar el hecho como un hecho no científico [...] porque admitir un hecho sin causa, es decir, indeterminable en sus condiciones de existencia, no es ni más ni menos que la negación de la ciencia» (C. Bernard, *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, París, J. B. Baillière e Hugel, 1865, cap. 11, § 7).

7 Aunque permaneció encerrado en la problemática de la conciencia colectiva por los instrumentos conceptuales propios de las ciencias humanas de su época, Durkheim se esforzó en distinguir el principio por el cual en el sociólogo surgen a la existencia regularidades no conscientes de la afirmación de un «inconsciente» dotado de caracteres específicos. Refiriéndose a la relación entre las representaciones individuales y las colectivas escribe: «Todo lo que sabemos, en efecto, es que hay fenómenos que se suceden en nosotros, que no obstante ser de orden psíquico no son conocidos por el yo que somos. En cuanto a saber si son percibidos por algún yo desconocido o lo que pudiera ser fuera de toda captación, no nos importa. Concédaenos solamente que la vida representativa se extiende más allá de nuestra conciencia actual» (É. Durkheim, «Représentations individuelles et représentations collectives», *Revue de Métaphysique et de Morale*, IV, mayo 1898, reproducido en *Sociologie et Philosophie*, París, F. Alcan, 1924; citado de acuerdo con la 3^a ed., París, PUF, 1967, pág. 25 [hay ed. en esp.]).

tiene otra función que alejar la ilusión de que la antropología pueda constituirse como ciencia reflexiva y definir, simultáneamente, las condiciones metodológicas en las cuales puede convertirse en ciencia experimental⁸ [*É. Durkheim, texto n° 10; F. Simiand, texto n° 11*].

Si la sociología espontánea renace de manera insistente y bajo disfraces tan distintos en la sociología científica, es sin duda porque los sociólogos que buscan conciliar el proyecto científico con la afirmación de los derechos de la persona —derecho a la libre actividad y a la clara conciencia de la actividad— o que, sencillamente, evitan someter su práctica a los principios fundamentales de la teoría del conocimiento sociológico, tropiezan inevitablemente con la filosofía ingenua de la acción y de la relación del sujeto con la acción, que obligan a defender, en su sociología espontánea de los sujetos sociales, la verdad vivida de su experiencia de la acción social. La resistencia que provoca la sociología cuando pretende separar la experiencia inmediata de su privilegio gnoseológico se basa en la misma filosofía humanista de la acción humana de cierta sociología que, empleando conceptos como el de «motivación», por ejemplo, o limitándose por predilección a cuestiones de *détermination-marking*, realiza, a su manera, la ingenua promesa de todo sujeto social: creyendo ser dueño y propietario de sí mismo y de su propia verdad, no queriendo conocer otro determinismo que el de sus propias determinaciones (incluso si las considera inconscientes), el humanista ingenuo que existe en todo hombre experimenta como una reducción «sociologista» o «materialista» todo intento por establecer que el sen-

tido de las acciones más personales y más «transparentes» no pertenecen al sujeto que las ejecuta sino al sistema total de relaciones en las cuales, y por las cuales, se realizan. Las falsas profundidades que promete el vocabulario de las «motivaciones» (notablemente diferenciadas de los simples «motivos») quizá tengan por función salvaguardar a la filosofía de la elección, adornándola de prestigios científicos que se dediquen a la investigación de elecciones inconscientes. La indagación superficial de las fundaciones psicológicas tal como son vividas —«razones» o «satisfacciones»— impide a menudo la investigación de las funciones sociales que las «razones» ocultan y cuyo cumplimiento proporciona, además, las satisfacciones directamente experimentadas.⁹

Contra este método ambiguo que permite el intercambio indefinido de relaciones entre el sentido común y el sentido común científico, hay que establecer un segundo principio de la teoría del conocimiento de lo social que no es otra cosa que la forma positiva del principio de la conciencia: las relaciones sociales no pueden reducirse a relaciones entre subjetividades animadas de intenciones o «motivaciones», porque ellas se establecen entre condiciones y posiciones sociales y tienen, al mismo tiempo, más realidad que los sujetos que relacionan. Las críticas que Marx efectuaba a Stürner alcanzan a los psicólogos y a los sociólogos que reducen las relaciones sociales a la representación que de ellas se hacen los sujetos y creen, en nombre de un artificialismo práctico, que se pueden transformar las relaciones objetivas transformando esa representación de los sujetos: «Sancho no quiere que dos individuos estén en "contradicción" uno contra otro, como burgués y proletario [...]; él querría verlos mantener una relación personal de individuo a individuo. No considera que, en el marco de la división del trabajo, las relaciones personales se convierten necesaria e inevitablemente en relaciones de clase y como tal se cristalizan; así, toda su verborragia se reduce a un voto piadoso que quiere cumplir exhortando a los

8 Es lo que sugiere C. Lévy-Strauss cuando distingue el empleo que hace Mauss de la noción de inconsciente de la de inconsciente colectivo de Jung «lleno de símbolos y aun de cosas simbolizadas que forman una especie de *substratum*», y que le concede a Mauss el mérito «de haber recurrido al inconsciente como proveedor del carácter común y específico de los hechos sociales» (C. Lévy-Strauss, «Introduction», en M. Mauss, *Sociologie et Anthropologie*, París, PUF, 1950, págs. xxx y xxxii [hay ed. en esp.]). Y también en ese sentido reconoce ya en Tylor la afirmación, sin duda confusa y equívoca, de lo que constituye la originalidad de la etnología, a saber, «la naturaleza inconsciente de los fenómenos colectivos» [...]. «Incluso cuando se encuentran interpretaciones, éstas tienen siempre el carácter de racionalizaciones o de elaboraciones secundarias: no hay ninguna duda de que las razones por las cuales se practica una costumbre, o se comparte una creencia, son muy distintas de las que se invocan para justificarla» (*Anthropologie structurale*, París, Plon, 1958, pág. 25 [hay ed. en esp.]).

9 Tal es el sentido de la crítica que Durkheim hacía de Spencer: «Los hechos sociales no son el simple desarrollo de los hechos psíquicos, sino que estos últimos son, en gran parte, la prolongación de los primeros en el interior de la conciencia. Esta proposición es muy importante ya que el punto de vista contrario expone al sociólogo, a cada instante, a que tome la causa por efecto y reciprocamente» (*De la división du travail social*, 7ª ed., París, PUF, 1960, pág. 341 [hay ed. en esp.]).

individuos de esas clases a desecher de su espíritu la idea de sus "contradicciones" y de su "privilegio" particular [...]. Para destruir la "contradicción" y lo "particular", bastaría cambiar la "opinión" y el "querer".¹⁰ Independientemente de las ideologías de la «participación» y de la «comunicación» a las que a menudo respaldan, las técnicas clásicas de la psicología social conducen, en razón de su epistemología implícita, a privilegiar las representaciones de los individuos en detrimento de las relaciones objetivas en las cuales están inscriptas y que definen la «satisfacción» o la «insatisfacción» que experimentan, los conflictos que encierran o las expectativas y ambiciones que expresan. El principio de la no-conciencia impone, por el contrario, que se construya el sistema de relaciones objetivas en el cual los individuos se hallan inmersos y que se expresa mucho más adecuadamente en la economía o en la morfología de los grupos que en las opiniones e intenciones declaradas de los sujetos. El principio explicativo del funcionamiento de una organización está muy lejos de ser suministrado por la descripción de las actitudes, las opiniones y aspiraciones individuales; en rigor, es la captación de la lógica objetiva de la organización lo que proporciona el principio capaz de explicar, por añadidura, aquellas actitudes, opiniones y aspiraciones.¹¹ Este objetivismo provisorio, que es la condición de la captación de la verdad objetivada de los sujetos, es también la condición de la comprensión total de la relación vivida que los sujetos mantienen con su verdad objetivada en un sistema de relaciones objetivas.¹²

10 K. Marx, *Metablogie allemande* (trad. J. Molitor), en *Œuvres Philosophiques*, t. IX, París, A. Costes, 1947, pág. 94 [hay ed. en esp.].

11 Esta reducción a la psicología encuentra uno de sus modelos de elección en el estudio de los grupos pequeños, aislados de la acción y de la interacción, abstraídos de la sociedad global. Son innumerables las investigaciones donde el estudio en probeta de los conflictos psicológicos entre sectores reemplaza el análisis de las relaciones objetivas entre las fuerzas sociales.

12 Si fuera necesario, por las necesidades de la tarea pedagógica, poner fuertemente el acento en lo previo de la objetivación que se impone a todo desarrollo sociológico, cuando quiere romper con la sociología espontánea, no podría reducirse la tarea de la explicación sociológica a las dimensiones de un objetivismo: «La sociología supone, por su misma existencia, la superación de la oposición ficticia que subjetivistas y objetivistas hacen surgir arbitrariamente. Si la sociología es posible como ciencia objetiva, es porque existen relaciones exteriores, necesarias, independientes de las

3. NATURALEZA Y CULTURA: SUSTANCIA Y SISTEMA DE RELACIONES

Si el principio de la no-conciencia no es sino el revés del referido al ámbito de las relaciones, este último debe conducir al rechazo de todas los intentos por definir la verdad de un fenómeno cultural independientemente del sistema de relaciones históricas y sociales del cual es parte. Tanas veces condenado, el concepto de naturaleza humana, la más sencilla y natural de todas las naturalezas, subsiste sin embargo bajo la apariencia de conceptos que son algo así como su moneda corriente, por ejemplo, las «tendencias» o las «propensiones» de ciertos economistas, las «motivaciones» de la psicología social o las «necesidades» y los «pre-requisitos» del análisis funcionalista. La filosofía esencialista, que es la base de la noción de naturaleza, todavía se practica en cierto uso ingenuo de los criterios de análisis como el sexo, la edad, la raza o las aptitudes intelectuales, al considerarse esas características como datos naturales, necesarios y eternos, cuya eficacia podría ser captada independientemente de las condiciones históricas y sociales que los constituyen en su especificidad, por una sociedad dada y en un tiempo determinado.

De hecho, el concepto de naturaleza humana está presente cada vez que se transgrede el precepto de Marx que prohíbe eternizar en la naturaleza el producto de la historia, o el precepto de Durkheim que exige que lo social sea explicado por lo social y sólo por lo social [K. Marx, *texto n° 12*; Durkheim, *texto n° 13*]. La fórmula de Durkheim con-

voluntades individuales y, si se quiere, inconscientes (en el sentido de que no son objeto de la simple reflexión), que no pueden ser captadas sino por los rodos de la observación y de la experimentación objetivas. [...] Pero, a diferencia de las ciencias naturales, una antropología total no puede detenerse en una construcción de relaciones objetivas porque la experiencia de las significaciones forma parte de la significación total de la experiencia: la sociología, hasta la menos sospechosa de subjetivismo, recurre a conceptos intermediarios y mediadores entre lo subjetivo y lo objetivo, como alienación, actitud o *ethos*. En efecto, le corresponde construir el sistema de relaciones que engloba y el sentido objetivo de las conductas organizadas según regularidades mensurables y las relaciones singulares que los sujetos mantienen con las condiciones objetivas de su existencia y con el sentido objetivo de sus conductas, sentido que los posee porque están desposeídos de él. Dicho de otro modo, la descripción de la subjetividad objetivada remite a la descripción de la interiorización de la objetividad» (P. Bourdieu, *En Arri mayen*, París, Ed. de Minuit, 1970, 2ª ed., págs. 18-20; 1ª ed. 1965).

serva todo su valor pero a condición de que exprese no la reivindicación de un «objeto real», efectivamente distinto del de las otras ciencias del hombre, ni la pretensión sociologista de querer explicar sociológicamente todos los aspectos de la realidad humana, sino la fuerza de la decisión metodológica de no renunciar anticipadamente al derecho de la explicación sociológica o, en otros términos, no recurrir a un principio de explicación tomado de otras ciencias, ya se trate de la biología o de la psicología, en tanto que la eficacia de los métodos de explicación propiamente sociológicos no haya sido completamente agotada. Además de que, al recurrir a factores que son por definición transhistóricos y transculturales, se corre el riesgo de dar por explicado precisamente lo que hay que explicar, se condena, en el mejor de los casos, a dar cuenta solamente de las semejanzas de las instituciones, dejando escarpar, como dice Lévi-Strauss, aquella que determina su especificidad histórica a su originalidad cultural: «Una disciplina cuyo primer objetivo, si no el único, es analizar e interpretar las diferencias evita toda dificultad al tener en cuenta nada más que las semejanzas. Pero, al mismo tiempo, pierde toda capacidad para distinguir lo general, al cual aspira, de lo trivial con que se contenta».¹³ [*Max Weber, texto n° 14*].

Pero no basta que las características atribuidas al hombre social en su universalidad se presenten como «residuos» o invariantes descubiertos por el análisis de las sociedades concretas para que sea decisivamente descartada esa filosofía esencialista que debe la mayor parte de su seducción al esquema de pensamiento según el cual «no hay nada nuevo bajo el sol»: de Pareto a Ludwig von Mises no faltan análisis, aparentemente históricos, que se limitan a señalar con un nombre sociológico principios explicativos tan poco sociológicos como la «tendencia a crear asociaciones», «la necesidad de manifestar sentimientos por actos exteriores», el resentimiento, la búsqueda de prestigio, la insociabilidad de la necesidad a la *libido dominandi*.¹⁴ No se comprendería que los so-

ciólogos puedan con tanta frecuencia renegar de su condición de tales proponiendo, sin otra razón, explicaciones que no deberían utilizar sino como último recurso, si no fuera que la tentación de la explicación por las opiniones declaradas no se encontrara reforzada por la seducción genérica de la explicación por lo simple, denunciada incansablemente por Bachelard por su «ineficacia epistemológica».

4. LA SOCIOLOGÍA ESPONTÁNEA Y LOS PODERES DEL LENGUAJE

Si la sociología es una ciencia como las otras que sólo tropieza con una dificultad particular en ser como ellas, es, fundamentalmente, en virtud de la especial relación que se establece entre la experiencia científica y la experiencia ingenua del mundo social y entre las expresiones ingenua y científica de ellas. En efecto, no basta con denunciar la ilusión de la transparencia y poseer los principios capaces de romper con los supuestos de la sociología espontánea para terminar con las construcciones ilusorias que plantea. «Herencia de las palabras, herencia de las ideas», según la sentencia de Brunschvicg, el lenguaje común que, en cuanto tal, pasa inadvertido, encierra en su vocabulario y sintaxis toda una filosofía petrificada de lo social siempre dispuesta a resurgir en palabras comunes o expresiones complejas construidas con palabras ocultas bajo las apariencias de una elaboración científica, las prenociones pueden abrirse camino en el discurso sociológico sin perder por ello la credibilidad que les otorga su origen: las precauciones contra la contaminación de la sociología por la sociología espontánea no serían más que exorcismos verbales si no se acompañaran de un esfuerzo por proporcionar a la vigilancia epistemológica las armas indispensables

natural («las cualidades biológicas de las cuales está provisto un hombre imitan, muy estrechamente, el campo dentro del cual puede prestar servicios a los otros»). Resumiendo: como, según Leibniz, está establecido desde tiempos inmemoriales en la esencia de César que habrá de pasar el Rubicón, el destino de cada sujeto social estaría contenido en su naturaleza (definida en lo que tiene de psicológica, y a veces de biológica). El esencialismo lleva lógicamente a una «sociodicea» (Ludwig von Mises, *The Anti-capitalist Mentality*, Princeton (N.J.), Toronto, Londres, Nueva York, Van Nostrand, 1956, págs. 1-33).

¹³ Claude Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, op. cit., pág. 19.

¹⁴ Para probar que la actitud crítica contra el capitalismo no estaría inspirada sino en el resentimiento propio de individuos frustrados en su ambición social, von Mises señala, independientemente de toda especificación sociológica, la propensión a la autajustificación, además de la aspiración al ascenso social. Mucha gente volvería contra el capitalismo el resentimiento nacido de su ambición frustrada precisamente porque habrían fracasado en sus posibilidades de ascenso como consecuencia de alguna inferioridad

para evitar el contagio de las nociones por las prenociones. En la medida en que es a menudo prematura, la ambición de desechar la lengua común sustituyéndola lisa y llanamente por una lengua perfecta, por que está totalmente construida y formalizada, corre el peligro de reemplazar el análisis, más urgente, de la lógica del lenguaje común: sólo este análisis puede dar al sociólogo el medio de redefinir las palabras comunes dentro de un sistema de nociones expresamente definidas y metódicamente depuradas, sometiendo a la crítica las categorías, los problemas y esquemas que la lengua científica toma de la lengua común y que siempre amenazan con volver a introducirse bajo los disfraces eruditos de la lengua más formalizada. «El estudio del empleo lógico de una palabra —escribe Wittgenstein— nos permite escapar de la influencia de ciertas expresiones tipo [...]. Estos análisis buscan apartarnos de los prejuicios que nos incitan a creer que los hechos deben estar de acuerdo con ciertas imágenes que afloran en nuestra lengua.»¹⁵ Por no someter el lenguaje común, primer instrumento de la «construcción del mundo de los objetos»,¹⁶ a una crítica metódica, se está predispuesto a tomar por datos objetos preconstruidos en y por la lengua común. La preocupación por la definición rigurosa es inútil, e incluso engañosa, si el principio unificador de los objetos sujetos a definición no se sometió a la crítica.¹⁷ Como los filósofos que se lanzan a la

15 L. Wittgenstein, *Le Cahier bleu et le cahier brun* (trad. G. Durand), París, Gallimard, 1965, pág. 89.

16 Véase Ernst Cassirer, «Le langage et la construction du monde des objets», en *Journal de psychologie normale et pathologique*, vol. 30, 1933, págs. 18-44, y «The Influence of Language upon the Development of Scientific Thought», en *The Journal of Philosophy*, vol. 33, 1936, págs. 309-327.

17 M. Chassaigne extiende la crítica que hacía Wittgenstein de los juegos conceptuales a los cuales llevan los juegos de palabras sobre la palabra «juego»: «Los hombres no juegan ni como sus decorados ni como sus instituciones. No juegan con las palabras como sobre una escena; no con la voluta como una batuta; no con la fortuna como el infortunio; no con la armonía del vals como un adversario; no juegan con un proyectil como juegan a la pelota, por ejemplo, al fútbol. Pueden decir jugar una situación no es jugar otra. Deberían decir: jugar no es jugar» (M. Chassaigne, «Jouer n'est pas jouer», *Journal de psychologie normale et pathologique*, n° 3, julio-septiembre de 1959, págs. 303-326). La crítica lógica y lingüística a la cual M. Chassaigne somete la palabra «juego» se aplicaría casi íntegramente a la noción de «ocio», a los usos que comúnmente se hacen de él y a las definiciones «esenciales» que le dan ciertos sociólogos. «Sustitúyase la antigua palabra «juego» por el neologismo «ocio». Reemplácese en algunas descripciones clásicas de los juegos «la voluntad de jugar» o «la actividad

búsqueda de una definición esencial del «juego», con el pretexto de que la lengua común tiene un único sentido común para «los juegos infantiles, los juegos olímpicos, los juegos matemáticos a los juegos de palabras», los sociólogos que organizan su problemática científica en torno de términos lisa y llanamente tomados del vocabulario familiar se someten al lenguaje de sus objetos creyendo no tener en cuenta sino el «dato». Las demarcaciones que efectúa el vocabulario común no son las únicas pre-construcciones inconsistentes e incontrastadas que se insinúan en el discurso sociológico, y esa técnica de ruptura que es la crítica lógica de la sociología espontánea encontraría, sin duda, un instrumento irremplazable en la nosografía del lenguaje común que se presenta, por lo menos como esbozo, en la obra de Wittgenstein [M. Chassaigne, *texto n° 15*].¹⁸

Tal crítica daría al sociólogo el medio de disipar el halo semántico (*fringe of meaning*, como dice William James) que rodea a las palabras más comunes y controlar las significaciones dudosas de todas las metáforas, aun las que aparentan estar más muertas, que corren el peligro de situar la coherencia de su discurso en un orden distinto del que pretenden inscribir sus formulaciones. Sea que alguna de esas imágenes puedan ser clasificadas según el orden, biológico o mecánico, al cual remiten, o según las filosofías implícitas de lo social que sugieren: equilibrio, presión, fuerza, tensión, reflejo, raíz, cuerpo, célula, secreción, crecimiento, regulación, gestación, decaimiento, etc. Esos esquemas de interpretación, tomados a menudo del orden físico o biológico, corren el riesgo de transmitir, con el pretexto de la metáfora y de la homonimia, una filosofía inadecuada de la vida social y, sobre todo, de desalentar la búsqueda de la explicación específica proporcionando sin mayo-

liere" del jugador por una distracción calificada de *querido* o *zachada* de *opción del individuo* sin preocuparse del tiempo libre dirigido y las vacaciones pagadas ni de la antigua oposición, *hobby-dile*. Reemplácese el "placer de jugar" por el *objetivo hedonístico* de las distracciones cutáneas de canchales. *Sobre dimensión* después de *je suis les dimanches*. Reemplácese por último algunos juegos gratuitos por distracciones que *se desahogan para de toda finalidad utilitaria*, si se puede olvidar la jardinería de los obreros y empleados, hasta incluso el "bricolaje". (ibid.).

18 Así, la mayor parte de los usos del término de inconsistente caen en el paralogismo de las «esencias ocultas» que consiste, según Wittgenstein, en sacar a las palabras de su contexto de uso y asignarles de este modo una significación sustancial (véase *infra*, L. Wittgenstein, *texto n° 9*, pág. 109).

res esfuerzos una apariencia de explicación.¹⁹ [*G. Canguilhem, texto n° 16*]. Así, un psicoanálisis del espíritu sociológico podría, sin duda, encontrar en numerosas descripciones del proceso revolucionario, como explosión que sucede a la opresión, un esquema mecánico, apenas transpuesto. Asimismo, los estudios de difusión cultural recurren, a menudo de manera más inconsciente que consciente, al modelo de la mancha de aceite para intentar explicar la extensión y el ritmo de dispersión de un rasgo cultural. Analizar concretamente la lógica y las funciones de esquemas como el de «cambio de escala», por el cual se permite transferir al nivel de la sociedad global o mundial observaciones o enunciados válidos sólo en el nivel de grupos pequeños, sería contravenir a la purificación del espíritu científico; como el de la «manipulación» o del «complot» que, descansando en definitiva sobre la ilusión de la transparencia, tiene la falsa profundidad de una explicación oculta y proporciona las satisfacciones afectivas de la denuncia de las criptocracias; o incluso el de la «acción a distancia», que obliga a pensar en la acción de los medios modernos de comunicación según las categorías del pensamiento mágico.²⁰

Como se ve, la mayor parte de estos esquemas metafóricos son comunes a las declaraciones ingenuas y al discurso científico; de hecho, a esta doble pertenencia deben su eficacia seudoexplicativa. Como dice Yvan Belaval, «si nos convencen, es porque nos hacen dudar y oscilar, sin que lo sepamos, entre la imagen y el pensamiento, entre lo concreto y lo abstracto. Aliado de la imaginación, el lenguaje trasplanta subrepticamente la certeza de la evidencia sensible a la certeza de la evidencia lógica».²¹ Ocultando su origen común bajo los oropeles de la jerga científica, esos esquemas mixtos evaden la refutación, ya sea porque proponen de inmediato una explicación global y evocan experiencias

cotidianas (el concepto de «sociedad de masas» que puede, por ejemplo, encontrar su paralelo en la experiencia de los embotellamientos de París, y el término «mutación», que a menudo refleja sólo la vulgar expectancia de lo insólito), ya sea porque remiten a una filosofía espontánea de la historia, como el esquema del retorno cíclico cuando considera sólo la sucesión de las estaciones, o como el esquema funcionalista cuando no tiene otro contenido que el «es estudiado por» del finalismo ingenuo, o bien porque tropiezan con esquemas científicos ya vulgarizados, como el de la comprensión del sociograma que reproduce, por ejemplo, la imagen oculta de los átomos encadenados. A propósito de la física, Duham señalaba que el científico se expone siempre a hallar en las evidencias del sentido común residuos de teorías anteriores que la ciencia ya ha abandonado; dado que todo predispone a que los conceptos y teorías sociológicas pasen al dominio público, el sociólogo, más que cualquier otro científico, corre el riesgo de «retomar del fondo de conocimientos comunes, para volcarlos en la ciencia teórica, los elementos que ésta ya había depositado en ellos».²²

Sin duda que el rigor científico no impone que se renuncie a todos los esquemas analógicos de explicación o de comprensión, como lo confirman el uso que la física moderna hace de los paradigmas —incluso mecánicos— con fines pedagógicos o heurísticos, pero es preciso usarlos de manera científica y metódica. Así como las ciencias físicas debieran romper categóricamente con las representaciones animistas de la materia, y de la acción sobre ella, las ciencias sociales deben efectuar la «ruptura epistemológica» que diferencie la interpretación científica del funcionamiento social de aquellas artificialistas o antropomórficas: sólo a condición de someter a la prueba de la explicitación total²³ los esquemas utilizados por la explicación sociológica es como se evitará el contagio al que están expuestos los esquemas más depurados, cada vez que presenten una afinidad estructural con los esquemas comunes. Bachelard demuestra que la máquina de coser se inventó sólo cuando se dejó

19 No es otra cosa que pagar con la misma moneda: si la sociología padeció la importación incontrolada de esquemas e imágenes biológicas, la biología, en otra época, debió eliminar, no sin dificultad, de las nociones tales como la de «célula» o «tejido» sus connotaciones morales o políticas (véase *infra*, *G. Canguilhem*, texto n° 16, pág. 204).

20 Noam Chomsky muestra cómo el lenguaje de Skinner, que hace un uso metafórico de los términos técnicos, revela su inconsistencia cuando se lo somete a una crítica lógica o lingüística (Noam Chomsky, informe de B. F. Skinner, *Verbal Behavior, Language*, vol. 35, 1959, págs. 16-53).

21 Y. Belaval, *Les Philosophes et leur langage*, París, Gallimard, 1952, pág. 23.

22 P. Duham, *La théorie physique, son objet, sa structure*, París, M. Rivière, 1954, 2ª ed., revisada y aumentada, pág. 397.

23 En esta tarea de control semántico, la sociología puede armarse no sólo de lo que Bachelard designaba como psicoanálisis del conocimiento o de una crítica puramente lógica y lingüística, sino también de una sociología del uso social de los esquemas de interpretación de lo social.

de imitar los movimientos de la costurera: la sociología obtendría sin duda sus mejores frutos de una adecuada representación de la epistemología de las ciencias de la naturaleza si se advierte a verificación en cada momento que construye verdaderamente máquinas de coser, en lugar de trasplantar penosamente los movimientos espontáneos de la práctica ingenua.

5. LA TENTACIÓN DEL PROFETISMO

Actualmente, la sociología tiende a mantener con el público, nunca circunscripto al grupo de pares, una relación opaca que siempre corre el riesgo de encontrar su lógica en la relación entre el autor exitoso y su público, o incluso a veces entre el profeta y su auditorio, ello en virtud de que tiene más dificultades que cualquier otra ciencia en desprenderse de la ilusión de la transparencia y realizar irreversiblemente la ruptura con las prenaciones y porque a menudo se le asigna, *volens nolens*, la tarea de responder a los interrogantes últimos sobre el porvenir de la civilización. Mucho más que cualquiera de los otros especialistas, el sociólogo está expuesto al veredicto ambiguo y ambivalente de los no especialistas que se creen autorizados a dar crédito a los análisis propuestos, siempre y cuando éstos descubran los supuestos de su sociología espontánea, pero que por eso mismo son inducidos a impugnar la validez de una ciencia que no aprehen sino en la medida en que se revela en el buen sentido. De hecho, cuando el sociólogo asume como propios los objetos de reflexión del sentido común y de la reflexión común sobre esos objetos, no tiene nada que oponer a la certeza común del derecho que tiene todo hombre de hablar de todo lo que es humano y juzgar todo discurso, incluso científico, sobre lo que es humano. ¿Cómo no sentirse un poco sociólogo cuando los análisis del «sociólogo» concuerdan perfectamente con las palabras de la charla cotidiana y el discurso del analista y las palabras analizadas están separadas nada más que por la frágil barrera de las comillas?²⁴ No es casualidad si la bandera del «humanismo», bajo la cual se reúnen quienes creen que basta con ser humano para ser sociólogo y los que llegan a la

²⁴ Preferimos dejar para cada lector la tarea de encontrar las ilustraciones de este análisis.

sociología para satisfacer una pasión demasiado humana de lo «humano», se utiliza como punto de concentración de todas las resistencias contra la sociología objetiva, apoyándose en la ilusión de la reflexividad o en la afirmación de los imprescriptibles derechos del hombre libre y creador.

El sociólogo que comulga con su objeto no está nunca exento de ceder a la complacencia cómplice de las expectativas escatológicas que el público intelectual tiende a transferir hoy sobre las «ciencias humanas», y que sería mucho mejor llamar ciencias del hombre. En tanto acepta determinar su objeto y las funciones de su discurso de acuerdo con los requerimientos de su público, y presenta a la antropología como un sistema de respuestas totales a los interrogantes últimos sobre el hombre y su destino, el sociólogo se vuelve profeta, aun si el estilo y la temática de su mensaje varían según —en cuanto «pequeño profeta acreditado por el Estado»— responda, cual si fuera dueño de la sabiduría, a las inquietudes de la salvación intelectual, cultural o política de un auditorio de estudiantes o, practicando la política teórica que Wright Mills concede a los «estadistas» de la ciencia, se esfuerce en unificar el pequeño reino de conceptos sobre los cuales y por los cuales cree reinar o, más aún, como pequeño profeta marginal, contribuya a forjar en el público en general la ilusión de acceder a los últimos secretos de las ciencias del hombre [Max Weber, *B. M. Berger, textos nos 17 y 18*].

El lenguaje sociológico que, incluso en sus usos más controlados, recurre siempre a palabras del léxico común tomadas en una acepción irguosa y sistemática, y que, por este hecho, se vuelve equivoco en cuanto deja de dirigirse sólo a los especialistas, se presta, más que cualquier otro, a utilidades falsas: los juegos de la polisemia, permitidos por la secreta afinidad de los conceptos más depurados con los esquemas comunes, contribuyen al doble significado y a los malentendidos que aseguran, al doble juego profético, sus auditorios múltiples y a veces contradictorios. Si, como dice Bachetard, «todo químico debe luchar contra el alquimista que tiene dentro», todo sociólogo debe ahogar en sí mismo el profeta social que el público le pide encarnar. La elaboración, aparentemente científica, de las evidencias que son las que mejor construidas están para encontrar un público porque son evidencias públicas, y la utilización de una lengua de múltiples registros que yuxtapone las palabras comunes y las técnicas destinadas a servirles de garantía, proporciona al sociólogo su mejor disfraz cuando cree, a pe-

Segunda parte

La construcción del objeto

II. EL HECHO SE CONSTRUYE: LAS FORMAS DE LA RENUNCIA EMPIRISTA

«El punto de vista —dice Saussure— crea el objeto.» Lo cual implica que una ciencia no podría definirse por un sector de lo real que le correspondería como propio. Como lo señala Marx, «la totalidad concreta, como totalidad del pensamiento, como un concreto del pensamiento es, de hecho, un producto del pensamiento y de la concepción [...]». El todo, tal como aparece en la mente, como todo del pensamiento, es un producto de la mente que piensa y que se apropia el mundo del único modo posible, modo que difiere de la apropiación de ese mundo en el arte, la religión, el espíritu práctico. El sujeto real mantiene, antes como después, su autonomía fuera de la mente [...]»¹ [*K. Marx, texto n° 20*]. Es el mismo principio epistemológico, instrumento de la ruptura con el realismo ingenuo, que formula Max Weber: «No son —dice Max Weber— las relaciones reales entre "cosas" lo que constituye el principio de delimitación de los diferentes campos científicos sino las relaciones conceptuales entre problemas. Una "ciencia" nueva nace sólo allí donde se aplica un método nuevo a nuevos problemas y donde, por lo tanto, se descubren nuevas perspectivas»² [*Max Weber, texto n° 21*].

Incluso si las ciencias físicas permiten a veces la división en subunidades determinadas, como la selenografía o la oceanografía, por la yuxta-

¹ Karl Marx, *Introducción générale à la critique de l'économie politique* (trad. M. Rubel y L. Evard), en *Obras* t. 1, París, Gallimard, 1965, págs. 255-256. En español véase Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, vol. 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, pág. 22.

² M. Weber, *Essais sur la théorie de la science*, op. cit., pág. 146.

posición de diversas disciplinas referidas a un mismo sector de lo real, es sólo con fines pragmáticos: la investigación científica se organiza de hecho en torno de objetos contruidos que no tienen nada en común con aquellas unidades delimitadas por la percepción ingenua. Pueden verse los lazos que todavía vinculan a la sociología científica con las categorías de la sociología espontánea en el hecho de que a menudo se dedica a clasificaciones por sectores aparentes; por ejemplo, sociología de la familia, sociología del tiempo libre, sociología rural o urbana, sociología de la juventud o de la vejez. En general, la epistemología empirista concibe las relaciones entre ciencias vecinas, psicología y sociología, por ejemplo, como conflictos de límites, porque se imagina la división científica del trabajo como división real de lo real.

Es posible ver en el principio durkheimiano según el cual «hay que considerar los hechos sociales como cosas» (se debe poner el acento en «considerar como») el equivalente específico del golpe de estado teórico por el cual Galileo construye el objeto de la física moderna como sistema de relaciones cuantificables, o de la decisión metodológica por la cual Sausure otorga a la lingüística su existencia y objeto distinguiendo la lengua de la palabra: en efecto, es una distinción semejante la que formula Durkheim cuando, explicando totalmente la significación epistemológica de la regla cardinal de su método, afirma que ninguna de las reglas implícitas que obligan a los sujetos sociales «se encuentran íntegramente en las aplicaciones que de ellas hacen los particulares, ya que incluso pueden estar sin que las apliquen en acto». ³ El segundo prefacio de *Las reglas* dice claramente que se trata de definir una actitud mental y no de asignar al objeto un estatus ontológico [*Émile Durkheim, texto n° 22*]. Y si esta suerte de tautología, por la cual la ciencia se constituye construyendo su objeto contra el sentido común —siguiendo los principios de construcción que la definen—, no se impone por su sola evidencia, es porque nada se opone más a las evidencias del sentido común que la diferencia entre objeto «real», preconstruido por la percepción, y objeto científico, como sistema de relaciones expresamente construido. ⁴

3 Émile Durkheim, *Las reglas de la metodología*, 2ª ed. revisada y aumentada, París, F. Alcan, 1901; citado según la 15ª ed. de PUF, París, 1963, pág. 9. [Hay ed. en esp.: *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Schapure, 1973.]

4 Sin duda, la argumentación polémica desplegada por los durkheimistas para imponer el principio de la «especificidad de los hechos sociales»

No es posible ahorrar esfuerzos en la tarea de construir el objeto si no se abandona la investigación de esos objetos preconstruidos, hechos sociales demarcados, percibidos y calificados por la sociología espontánea, ⁵ o «problemas sociales» cuya aspiración a existir como problemas sociológicos es tanto mayor cuanto más realidad social tienen para la comunidad de sociólogos. ⁶ No basta multiplicar el acoplamiento de criterios tomados de la experiencia común (piénsese en todos esos temas de investigación del tipo «el ocio de los adolescentes de un complejo urbano en la zona este de la periferia de París») para construir un objeto que, producto de una serie de divisiones reales, sigue siendo un objeto común y no accede a la dignidad de objeto científico por el solo hecho de prestarse a la aplicación de técnicas científicas. Sin duda que Allen H. Barton y Paul F. Lazarsfeld tienen razón cuando señalan que expresiones tales como «consumo opulento» o «*white-collar crime*» construyen objetos específicos que, irreductibles a los objetos comunes, toman en consideración hechos conocidos, los que por el simple efecto de aproximación, adquieren un sentido nuevo; ⁷ pero la necesidad de construir denominaciones específicas que, aun compuestas con palabras del voca-

conserva, aun hoy, un valor que no es sólo arqueológico precisamente porque la situación de comienzo o de recommencio se cuenta entre las más favorables a la explicitación de los principios de construcción que caracterizan una ciencia.

5 Muchos sociólogos principiantes obran como si bastara darse un objeto dotado de realidad social para poseer, al mismo tiempo, un objeto dotado de realidad sociológica: haciendo a un lado las innumerables monografías de aldeas, podrían clasificar todos esos temas de investigación que no tienen otra problemática que la pura y simple *designación* de grupos sociales o de problemas percibidos por la conciencia común, en un momento dado.

6 No es casualidad que ciertos sectores de la sociología, como por ejemplo el estudio de los medios de comunicación modernos o del tiempo libre, sean los más permeables a las problemáticas y esquemas de la sociología espontánea: fuera de que esos objetos existen ya como temas obligados de la conversación común sobre la sociedad moderna, deben su carga ideológica al hecho de que es también consigo mismo que se relaciona el intelectual cuando estudia la relación de las clases populares con la cultura. La relación del intelectual con la cultura encierra todo el problema de su relación con la condición de intelectual, nunca tan dramáticamente planteada como en el problema de su relación con las clases populares como clases desprovistas de cultura.

7 A. H. Barton y P. F. Lazarsfeld, «Some Functions of Qualitative Analysis in Social Research», en S. M. Lipser y N. J. Smelser (comps.), *Sociology: The Progress of a Decade*, Englewood Cliffs (N.J.), Prentice Hall, 1961, págs. 95-122.

bulario común, construyen nuevos objetos al establecer nuevas relaciones entre los aspectos de las cosas no es más que un indicio del primer grado de la ruptura epistemológica con los objetos preconstruidos de la sociología espontánea. En efecto, los conceptos que más pueden desorientar las nociones comunes no conservan aisladamente el poder de resistir sistemáticamente a la implacable lógica de la ideología: al rigor analítico y formal de los conceptos llamados «operatorios» se opone el rigor sintético y real de los conceptos que se han dado en llamar «sistémicos» porque su utilización supone la referencia permanente al sistema total de sus interrelaciones.⁸ Un objeto de investigación, por parcial y parcelario que sea, no puede ser definido y construido sino en función de una *problemática teórica* que permita someter a un examen sistémico todos los aspectos de la realidad puestos en relación por los problemas que le son planteados.

8 Los conceptos y proposiciones definidos exclusivamente por su carácter «operatorio» pueden no ser más que la formulación lógicamente irreprochable de prenociones y, por este motivo, son a los conceptos sistemáticos y proposiciones teóricas lo que el objeto preconstruido es al objeto construido. Al poner el acento exclusivamente en el carácter operacional de las definiciones, se corre el peligro de tomar una simple terminología clasificatoria, como hace S. C. Dodd (*Dimensions of Society*, Nueva York, 1942, u. «Operational Definitions Operationally Defined», *American Journal of Sociology*, XLVIII, 1942-19103, págs. 482-489) por una verdadera teoría, abandonando para una investigación ulterior el problema de la sistematicidad de los conceptos propuestos y aun de su fecundidad teórica. Como lo subraya C. G. Hempel, privilegiando las «definiciones operacionales» en detrimento de las exigencias teóricas, «la literatura metodológica consagrada a las ciencias sociales tiende a sugerir que la sociología, para preparar su porvenir de disciplina científica, tendría que proveerse de una gama tan amplia como posible de términos «operacionalmente definidos» y «de un empleo constante y unívoco», como si la formación de los conceptos científicos pudiera ser separada de la elaboración teórica. Es la formulación de sistemas conceptuales dotados de una pertinencia teórica lo que se emplea en el progreso científico: tales formulaciones exigen el descubrimiento teórico cuyo imperativo empirista u operacionalista de la pertinencia empírica [...] no podría darse por sí solo (C. G. Hempel, *Fundamentals of Concept Formation in Empirical Research*, Chicago, Londres, University of Chicago Press, 1952, pág. 47).

I. «LAS ABDICACIONES DEL EMPIRISMO»

En la actualidad se coincide demasiado fácilmente con toda la reflexión tradicional sobre la ciencia, en el sentido de que no hay observación o experimentación que no impliquen hipótesis. La definición del proceso científico como diálogo entre hipótesis y experiencia, sin embargo, puede rebajarse a la imagen antropomórfica de un intercambio en que los dos socios asumirían roles perfectamente simétricos e intercambiables; pero no hay que olvidar que lo real no tiene nunca la iniciativa puesto que sólo puede responder si se lo interroga. Bachelard sostenía, en otros términos, que el «vector epistemológico [...] va de lo racional a lo real y no a la inversa, de la realidad a lo general, como lo profesaban todos los filósofos desde Aristóteles hasta Bacon» [*Cósten Bachelard, texto n.º 23*].

Si hay que recordar que «la teoría domina al trabajo experimental desde la misma concepción de partida hasta las últimas manipulaciones de laboratorio»,⁹ o aún más, que «sin teoría no es posible ajustar ningún instrumento ni interpretar una sola lectura»¹⁰ es porque la representación de la experiencia como protocolo de una comprobación libre de toda implicación teórica se deja traslucir en miles de indicios, por ejemplo en la convicción, todavía muy extendida, de que existen hechos que podrían trascender tal como son a la teoría para la cual y por la cual fueron creados. Sin embargo, el desafortunado destino de la noción de totemismo (que Lévi-Strauss compara con el de histeria) bastaría para destruir la creencia en la inmortalidad científica de los hechos: una vez abandonada la teoría que los unía, los hechos del totemismo vuelven a su estado de polvo de datos de donde una teoría los había sacado por un tiempo y de donde otra teoría no podrá sacarlos más que confiriéndoles otro sentido.¹¹

Basta con haber intentado una vez someter al análisis secundario un material recogido en función de otra problemática, por aparentemente neutral que se muestre, para saber que los *data* más ricos no podrían nunca responder completa y adecuadamente a los interrogantes para y por los cuales no han sido contruidos. No se trata de impugnar por

9 K. R. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, op. cit., pág. 107.

10 P. Dubem, *La théorie physique*, Paris, Vrin, pág. 277.

11 Claude Lévi-Strauss, *La totemismo aujourd'hui*, Paris, PUF, 1962, pág. 7 [hay ed. en esp.].

principio la validez de la utilización de un material de segunda mano sino de recordar las condiciones epistemológicas de ese trabajo de *retraducción*, que se refiere siempre a hechos contruídos (bien o mal) y no a datos. Tal trabajo de interpretación, cuyo ejemplo dio ya Durkheim en *El suicidio*, podría constituir incluso la mejor incitación a la vigilancia epistemológica en la medida en que exige una explicación metódica de las problemáticas y principios de construcción del objeto que están comprendidos tanto en el material como en el nuevo tratamiento que se le aplica. Los que esperan milagros de la triada mítica, *archivos, datos y computars*, desconocen lo que separa a esos objetos contruídos llamados hechos científicos (recogidos por el cuestionario o por el inventario etnográfico) de los objetos reales que conservan los museos y que, por su «excedente concreto», ofrecen a la indagación posterior la posibilidad de construcciones indefinidamente renovadas. Al no tener en cuenta esos preliminares epistemológicos, se está expuesto a considerarse de modo diferente lo idéntico y de idéntico modo lo diferente, a comparar lo incomparable y a omitir comparar lo comparable, por el hecho de que en sociología los «datos», aun los más objetivos, se obtienen por la aplicación de estadísticas (cuadros de edad, nivel de ingresos, etc.) que implican supuestos teóricos y por lo mismo dejan escapar una información que hubiera podido captar otra construcción de los hechos.¹² El positivismo, que considera los hechos como datos, se limita ya sea a reinterpretaciones inconsecuentes, porque éstas se desconocen como tales, ya sea a simples confirmaciones obtenidas en condiciones técnicas tan semejantes como sea posible: en todos los casos efectúa la reflexión metodológica sobre las condiciones de reiteración como un sustituto de la reflexión epistemológica sobre la reinterpretación segura.

Sólo una imagen mutilada del proceso experimental puede hacer de la «subordinación a los hechos» el imperativo único. Especialista de una ciencia impugnada, el sociólogo está particularmente inclinado a reafirmar el carácter científico de su disciplina sobreevaluando los aportes que ella ofrece a las ciencias de la naturaleza. Reinterpretado según

¹² Véase P. Bourdieu y J. C. Passeron, «La comparabilité des systèmes d'éducation», en R. Gasiot y J. C. Passeron (comp.), *Éducation, démocratie et développement*, Cahiers du Centre de Sociologie Européenne, n° 4, París, La Haye, Mouton, 1967, págs. 20-38.

una lógica que no es otra que la de la herencia cultural, el imperativo científico de la subordinación al hecho desemboca en la renuncia lisa y llana ante el dato. A esos practicantes de las ciencias del hombre que tienen una fe poco común en lo que Nietzsche llamaba «el dogma de la imaculada percepción», es preciso recordarles, con Alexandre Koyré, que «la experiencia, en el sentido de experiencia bruta, no desempeñó ningún papel, como no fuera el de obstáculo, en el nacimiento de la ciencia clásica».¹³

En efecto, todo ocurre como si el empirismo radical propusiera como ideal al sociólogo que se anule como tal. La sociología sería menos vulnerable a las tentaciones del empirismo si bastase con recordarle, como decía Poincaré, que «los hechos no hablan». Quizá la matización de las ciencias del hombre sea la de ocuparse de *un objeto que habla*. En efecto, cuando el sociólogo pretende sacar de los hechos la problemática y los conceptos teóricos que le permitan contruídos y analizarlos, siempre corre el riesgo de sacarlos de la boca de sus informantes. No basta con que el sociólogo escuche a los sujetos, registre fielmente sus palabras y razones, para explicar su conducta y aun las justificaciones que proponen: al hacer esto, corre el riesgo de sustituir lisa y llanamente sus propias prenociones por las prenociones de quienes estudia o por una mezcla falsamente científica y falsamente objetiva de la sociología espontánea del «científico» y de la sociología espontánea de su objeto.

Obligarse a mantener —para indagar lo real o los métodos de cuestionamiento de lo real— sólo aquellos elementos creados en realidad por una indagación que se desconoce y se niega como tal, es sin duda la mejor manera de exponerse, negando que la comprobación supone la construcción, a comprobar una nada que se ha construido a pesar de todo. Podrían darse cientos de ejemplos en que, creyendo sujetarse a la neutralidad al limitarse a sacar del discurso de los sujetos los elementos del cuestionario, el sociólogo propone, al juicio de éstos, juicios formados por otros sujetos y termina por clasificarlos en relación con juicios que él mismo no sabe clasificar o a tomar por expresión de una actitud

¹³ A. Koyré, *Études Galiléennes*, I, *À l'aube de la science classique*, París, Hermann, 1940, pág. 7. Y agrega: «Las "experiencias" que reivindicó o que reivindicará más tarde Galileo, aun las que ejecuta realmente, no son ni habrán de ser nunca más que experiencias de pensamiento» (*ibid.*, pág. 72).

profunda juicios superficialmente provocados por la necesidad de responder a preguntas innecesarias. Todavía más: el sociólogo que niega la construcción controlada y consciente de su distancia con lo real y de su acción sobre lo real, puede no sólo imponer a los sujetos preguntas que su experiencia no les plantea y omitir las que en efecto surgen de aquellas, sino incluso formularles, con toda ingenuidad, las preguntas que él se hace sobre ellos, mediante una confusión positivista entre las preguntas que surgen objetivamente y aquellas que se plantean conscientemente. El sociólogo no sabe qué hacer cuando, desorientado por una falsa filosofía de la objetividad, se propone anularse en tanto tal.

No es sorprendente que el hiperempirismo, que renuncia al deber y al derecho de la construcción teórica en provecho de la sociología espontánea, recupere la filosofía espontánea de la acción humana como expresión de una deliberación consciente y voluntaria, transparente en sí misma: numerosas encuestas de motivaciones (sobre todo retrospectivas) suponen que los sujetos puedan guardar en algún momento la verdad objetiva de su comportamiento (y que conservan continuamente una memoria adecuada), como si la representación que los sujetos se hacen de sus decisiones o de sus acciones no debiera nada a las racionalizaciones retrospectivas.¹⁴ A no dudarlo, se pueden y se deben recoger los discursos más irrealistas, pero a condición de ver en ellos no la explicación del comportamiento sino un aspecto de éste que debe explicarse. Cada vez que el sociólogo cree eludir la tarea de construir los hechos en función de una problemática teórica, es porque está dominado por una construcción que se desconoce y que él desconoce como tal, recogiendo al final nada más que los discursos ficticios que elaboran los sujetos para enfrentar la situación de encuestado y responder a preguntas artificiales o incluso al artificio por excelencia como es la ausencia de preguntas. Cuando el sociólogo renuncia al privilegio epistemológico es para caer siempre en la sociología espontánea.

14 La noción de opinión debe sin duda su éxito, práctico y teórico, a que concentra todas las ilusiones de la filosofía atomística del pensamiento y de la filosofía espontánea de las relaciones entre el pensamiento y la acción, comenzando por el papel privilegiado de la expresión verbal como indicador de las disposiciones en acto. Nada hay de sorprendente entonces si los sociólogos que ciegamente confían en los sondeos se exponen continuamente a confundir las declaraciones de acción, o peor aún las declaraciones de intención, con las probabilidades de acción.

2. HIPÓTESIS O SUPUESTOS

Sería fácil demostrar que toda práctica científica, incluso y sobre todo cuando obsecadamente invoca el empirismo más radical, implica supuestos teóricos y que el sociólogo no tiene más alternativa que moverse entre interrogantes inconscientes, por tanto incontrolados e inherentes, y un cuerpo de hipótesis metódicamente construidas con miras a la prueba experimental. Negar la formulación explícita de un cuerpo de hipótesis basadas en una teoría es condenarse a la adopción de supuestos tales como las prenociones de la sociología espontánea y de la ideología, es decir los problemas y conceptos que se tienen en tanto sujeto social cuando no se los quiere tener como sociólogo. De este modo Elihu Katz demuestra cómo los autores de la encuesta publicada bajo el título *The People's Choice* no pudieron encontrar en una investigación basada en una prenoción, la de «masa» como público atomizado de receptores, los medios de captar empíricamente el fenómeno más importante en materia de difusión cultural, a saber, el «flujo en dos tiempos» (*two-step flow*), que no podía ser establecido sino a costa de una ruptura con la representación del público como masa desprovista de toda estructura¹⁵ [E. Katz, *texto n.º 24*].

Aun cuando se liberara de los supuestos de la sociología espontánea, la práctica sociológica, sin embargo, no podría realizar nunca el ideal

15 E. Katz, «The Two-Step Flow of Communication: An Up-to-date Report on an Hypothesis», *Public Opinion Quarterly*, vol. 21, primavera de 1957, págs. 61-78. «De todas las ideas expuestas en *The People's Choice*, la hipótesis del flujo en dos tiempos es probablemente la menos apoyada en datos empíricos. La razón de ello es clara: el proyecto de investigación no anticipaba la importancia que revestirían en el análisis de los datos las relaciones interpersonales. Dado que la imagen de un público atomizado inspiraba tantas indagaciones sobre los *mas media*, lo más sorprendente es que las redes de influencia interpersonales pudieran llamar, por poco que sea, la atención de los investigadores». Para medir con qué fuerza una técnica puede excitar un aspecto del fenómeno, basta saber cómo, con otras problemáticas y otras técnicas, los sociólogos rurales y los emólogos captaron desde tiempo atrás la lógica del *two-step-flow*. Los ejemplos de estos descubrimientos que hay que redescubrir abundan: es así como A. H. Barton y P. F. Lazarsfeld recuerdan que el problema de los «grupos informales», de los que hace mucho tiempo eran conscientes otros sociólogos, sólo aparecieron tardamente y como un «descubrimiento sorprendente» a los investigadores de la Western Electric; véase «Some Functions of Qualitative Analysis in Social Research» (*loc. cit.*).

empirista del registro sin supuestos, aunque más no fuera por el hecho de que utiliza instrumentos y técnicas de registro. «Establecer un dispositivo con miras a una medición es plantear una pregunta a la naturaleza», decía Max Planck. La medida y los instrumentos de medición, y en general todas las operaciones de la práctica sociológica, desde la elaboración de los cuestionarios y la codificación hasta el análisis estadístico, son otras tantas teorías en acto, en calidad de procedimientos de construcción, conscientes o inconscientes, de los hechos y de las relaciones entre los hechos. La teoría implícita en una práctica, teoría del conocimiento del objeto y teoría del objeto, tiene tanto más posibilidades de ser mal controlada, y por tanto inadecuada al objeto en su especificidad, cuanto menos consciente sea. Al llamar metodología, como a menudo se hace, a lo que no es sino un decálogo de preceptos técnicos, se escamotea la cuestión metodológica propiamente dicha, la de la opción entre las técnicas (métricas o no) referentes a la significación epistemológica del tratamiento que las técnicas escogidas hacen experimentar al objeto y a la significación teórica de los problemas que se quieren plantear al objeto al cual se las aplica.

Por ejemplo, una técnica aparentemente tan irrefutable e inimitable como la del muestreo al azar puede aniquilar completamente el objeto de la investigación, toda vez que este objeto debe algo a la estructura de grupos que el muestreo al azar tiene justamente por resultado aniquilar. Así, Elhnu Katz señala que «para estudiar esos canales del flujo de influencia que son los contactos entre individuos, el proyecto de investigación resultó inoperante por el hecho de que recurriría a un muestreo al azar de individuos abstraídos de su medio social [...]». Como cada individuo de un muestreo al azar no puede hablar más que por sí mismo, los líderes de opinión, en el padrón electoral de 1940, no podían ser identificados sino dando fe de su declaración». Y subraya, además, que esta técnica «no permite comparar los líderes con sus seguidores respectivos, sino sólo los líderes y los no líderes en general». ¹⁶ Puede verse cómo la técnica aparentemente más neutral con que tiene una teoría implícita de lo social, la de un público concebido como una «masa atomizada», es decir en este caso, la teoría consciente o inconscientemente asumida en la investigación que, por una suerte de ar-

¹⁶ E. Katz, *loc. cit.*, pág. 64.

monía preestablecida, se armaba con esta técnica. ¹⁷ Otra teoría del objeto, y al mismo tiempo otra definición de los objetivos de la investigación, habría recurrido al uso de otra técnica de muestreo, por ejemplo el sondeo por sectores: registrando el conjunto de miembros de ciertas unidades sociales extraídas al azar (un establecimiento industrial, una familia, un pueblo), se procura el medio de estudiar la red completa de relaciones de comunicación que pueden establecerse en el interior de esos grupos, comprendiendo que el método, particularmente adecuado al caso estudiado, tiene tanto menos eficacia cuanto más homogéneo es el sector y cuanto más depende el fenómeno cuyas variaciones se quieren estudiar del criterio según el cual está definido ese sector. Hay que someter a la interrogación epistemológica a todas las operaciones estadísticas: «A la mejor estadística (como también a la peor) no hay que exigirle ni hacerle decir más de lo que dice, y del modo y bajo las condiciones en que lo dice». ¹⁸ Para obedecer verdaderamente al imperativo que formula Simiand y para no hacer decir a la estadística otra cosa que lo que dice, hay que preguntarse en cada caso lo que dice y puede decir, en qué límites y bajo qué condiciones [F. Simiand, *texto n° 25*].

3. LA FALSA NEUTRALIDAD DE LAS TÉCNICAS: OBJETO CONSTRUIDO O ARTEFACTO

El imperativo de la «neutralidad ética» que Max Weber oponía a la ingenuidad moralizante de la filosofía social tiende a transformarse hoy

¹⁷ C. Kerr y L. H. Fisher muestran que así como, en las investigaciones de la escuela de E. Mayo, la técnica y los supuestos son afines, la observación cotidiana de los contactos cara a cara y de las relaciones interpersonales dentro de la empresa implica la convicción dudosa de que «el pequeño grupo de trabajo y sus miembros obedecen sustancialmente a determinaciones afectivas» [...]. «El sistema de Mayo deriva de dos opciones esenciales. Una vez cumplidas todo está dado, los métodos, el campo de interés, las prescripciones prácticas, los problemas reservados para la investigación» (y en particular) «la indiferencia a los problemas de clase, de ideología, de poder» («Plant Sociology: The Elite and the Aborigines», en M. Komarovsky comp., *Common Frontiers of the Social Sciences*, Glencoe, Illinois, The Free Press, 1957, págs. 281-309).

¹⁸ F. Simiand, *Statistique et expérience, remarques de méthode*, París, M. Rivière, 1932, pág. 24.

en un mandamiento ruñizado del catecismo sociológico. De creer en las representaciones más chatas del precepto weberiano, bastaría preverse de la parcialidad afectiva y las incitaciones ideológicas para librarse de toda interrogación epistemológica sobre la significación de los conceptos y la pertinencia de las técnicas. La ilusión de que las operaciones «axiológicamente neutras» son también «epistemológicamente neutras» limita la crítica del trabajo sociológico, el suyo o el de otros, al examen, casi siempre fácil y estéril, de sus supuestos ideológicos y al de sus valores últimos. El interminable debate sobre la «neutralidad axiológica» se utiliza a menudo como sustituto de la discusión propiamente epistemológica sobre la «neutralidad metodológica» de las técnicas y, por esa razón, proporciona una nueva garantía a la ilusión positivista. Por un efecto de *desplazamiento*, el interés por los supuestos éticos y por los valores o fines últimos aleja del examen crítico de la teoría del conocimiento sociológico que está implicada en los actos más elementales de la práctica.

Por ejemplo, ¿no es porque se presenta como la realización paradigmática de la neutralidad en la observación el que, entre todas las técnicas de recolección de datos, se sobrevalora frecuentemente la entrevista no dirigida, en detrimento de la observación etnográfica que, cuando emplea normas obligadas por la tradición, realiza más completamente el ideal del inventario sistemático efectuado en una situación real? Es posible sospechar de las razones del favor que goza esta técnica cuando se observa que ni los «teóricos» ni los metodólogos ni los usuarios del instrumento, nada mezquinos sin embargo en cuanto a consejos y consignas, se pusieron jamás a interrogarse metódicamente sobre las distorsiones específicas que produce una relación social tan profundamente artificial: cuando no se controlan sus supuestos implícitos y se enfrenta uno con sujetos sociales igualmente predispuestos a hablar libremente de cualquier cosa, y ante todo de ellos mismos, e igualmente dispuestos a adoptar una relación forzada e intemperante a la vez con el lenguaje, la entrevista no dirigida que rompe la reciprocidad del diálogo habitual (por otra parte no exigible por igual en cualquier medio y situación) incita a los sujetos a producir un *artefacto* verbal, por lo demás desigualmente artificial según la distancia entre la relación con el lenguaje favorecido por su clase social y la relación artificial con el lenguaje que se exige de ellos. Olvidar el cuestionamiento de las técnicas formalmente más neutrales significa no advertir, entre otras cosas, que las técnicas de

encuesta son también técnicas de sociabilidad socialmente calificadas [L. Schatzman y A. Strauss, *texto n° 26*]. La observación etnográfica, que es a la experimentación social lo que la observación de los animales en su medio natural a la experimentación en laboratorio, hace notar el carácter ficticio y forzado de la mayor parte de las situaciones sociales creadas por un ejercicio rutinario de la sociología que llega a desconocer tanto más la «reacción de laboratorio» cuanto que sólo conoce el laboratorio y sus instrumentos, tests o cuestionarios.

Así como no hay registro perfectamente neutral, tampoco existe una pregunta neutral. El sociólogo que no somete sus propias interrogaciones a la interrogación sociológica no podría hacer un análisis verdaderamente neutral de las respuestas que provoca. Digamos una pregunta tan unívoca en apariencia como: «¿trabajó usted hoy?». El análisis estáístico demuestra que provoca respuestas diferentes de parte de los campesinos de Cabilia o del sur argelino, los cuales si se refirieran a una definición «objetiva» del trabajo, es decir a la definición que una economía moderna tiende a dar de los agentes económicos, deberían dar respuestas semejantes. Sólo a condición de que se interrogue sobre su propia pregunta, en lugar de pronunciarse precipitadamente por lo absurdo o la mala fe de las respuestas, el sociólogo tiene alguna posibilidad de descubrir que la definición de trabajo que implica su pregunta está desigualmente alejada de aquella que las dos categorías de sujetos dan en sus respuestas.¹⁹ Puede verse cómo una pregunta que no es transparente para el que la hace puede oscurecer el objeto que inevitablemente construye, aunque la misma no haya sido hecha expresamente para construirlo [J. H. Goldthorpe y D. Lockwood, *texto n° 27*]. Teniendo en cuenta que se puede preguntar cualquier cosa a cualquiera y que casi siempre cualquiera tiene la suficiente voluntad para responder cuando menos cualquier cosa a cualquier pregunta, hasta la más irreal, si quien interroga, carente de una teoría del cuestionario, no se plantea el problema del significado específico de sus preguntas, corre el peligro de encontrar con demasiada facilidad una garantía del realismo de sus preguntas en la realidad de las respuestas que recibe.²⁰ in-

19 P. Bourdieu, *Travail et travailleur en Algérie*, 2ª parte, París, La Haya, Mouton, 1962, págs. 309-304.

20 Si el análisis secundario de los documentos proporcionados por la encuesta más ingenua es casi siempre posible, y legítimo, es porque resulta muy raro

terrogar, como lo hace D. Lerner, a subproletarios de países subdesarrollados sobre la inclinación a proyectarse en sus héroes cinematográficos preferidos, cuando no respecto de la lectura de la prensa, es estar expuesto evidentemente a recoger un *fatias vocis* que no tiene otra significación que la que le confiere el sociólogo tratándolos como un discurso significante.²¹ Siempre que el sociólogo es inconsciente de la problemática que incluye en sus preguntas, se impide la comprensión de aquella que los sujetos incluyen en sus respuestas: las condiciones están dadas, entonces, para que pase inadvertido el equívoco que lleva a la descripción, en términos de ausencia, de las realidades ocultas por el instrumento mismo de la observación y por la intención, socialmente condicionada, de quien utiliza el instrumento.

El cuestionario más cerrado no garantiza necesariamente la univocidad de las respuestas por el solo hecho de que someta a todos los sujetos a preguntas formalmente idénticas. Suponer que la misma pregunta tiene el mismo sentido para sujetos sociales distanciados por diferencias de cultura, pero asociados por pertenecer a una clase, es desconocer que las diferentes lenguas no difieren sólo por la extensión de su léxico o su grado de abstracción sino por la temática y problemática que transmiten. La crítica que hace Maxime Chastang del «sistema del psicó-

que los sujetos interrogados respondan verdaderamente cualquier cosa y no revelen algo en sus respuestas de lo que son: se sabe por ejemplo que las no respuestas y negarse a responder pueden ser interpretados en sí mismos. Sin embargo, la recuperación del sentido que contienen, a pesar de todo, supone un trabajo de rectificación, aunque más no fuera para saber cuál es la pregunta a la que verdaderamente respondieron y que no es necesariamente la que se les ha planteado.

21 D. Lerner, *The Passing of Traditional Society*, Nueva York, The Free Press of Glencoe, 1968. Sin entrar en una crítica sistemática de los supuestos ideológicos implicados en un cuestionario, que de 117 preguntas sólo contenía dos referentes al trabajo y al estatus económico (contra 87 sobre los *mas media*, cine, diarios, radio, televisión), puede observarse que una teoría que tome en cuenta las condiciones objetivas de existencia del subproletario y, en particular, la inestabilidad generalizada que lo caracteriza, puede explicar la aptitud del subproletario de imaginarse almacenero o periodista, y aun de la particular modalidad de esas «proyecciones», en tanto que la «teoría de la modernización», que propone Lerner, es impotente para explicar la relación que el subproletario mantiene con su trabajo o el porvenir. Aunque brutal y grosero, parece que este criterio permite distinguir un instrumento ideológico, condenado a producir un simple *artefacto* de un instrumento científico.

logo» es pertinente toda vez que se desconoce el problema de la significación diferencial que las preguntas y las respuestas asumen realmente según la condición y la posición social de las personas interrogadas: «El estudiante que confunde su perspectiva con la de los niños estudiados recoge su propia perspectiva en el estudio en que cree obtener la de los niños [...]. Cuando pregunta: «¿Trabaja y jugar es la misma cosa? ¿Qué diferencia hay entre trabajo y juego?», impone, por los sustantivos que su pregunta contiene, la diferencia adulta que parecería cuestionar [...]». Cuando el encuestador clasifica las respuestas «no según las palabras que las constituyen sino de acuerdo con el sentido que les daría si el mismo las hubiera dado— en los tres órdenes del juego-facilidad, juego-inutilidad y juego-libertad, obliga a los pensamientos infantiles a entrar en esos compartimientos filosóficos».²² Para escapar a este etnocentrismo lingüístico no basta, como se ha visto, con someter al análisis de contenido las palabras obtenidas en la entrevista no dirigida, a riesgo de dejarse imponer las nociones y categorías de la lengua empleada por los sujetos: no es posible liberarse de las pre-construcciones del lenguaje, ya se trate del perteneciente al científico o del de su objeto, mas que estableciendo la dialéctica que lleva a construcciones adecuadas por la confrontación metódica de dos sistemas de pre-construcciones.²³ [C. Lévy-Strauss, *M. Maus*, B. Malinowski, *textos* nos 28, 29 y 30].

No se han sacado todas las consecuencias metodológicas del hecho de que las técnicas más clásicas de la sociología empírica están condenadas, por su misma naturaleza, a crear situaciones de experimentación ficticias esencialmente diferentes de las experimentaciones sociales que continuamente produce la evolución de la vida social. Cuanto más dependan de la coyuntura las conductas y actitudes estudiadas, tanto más expuesta está la investigación, en la coyuntura particular que permite la situación de encuesta, a captar sólo las actitudes u opiniones que no varían más allá de los límites de esta situación. Así, las encuestas que tratan sobre las relaciones entre las clases y, más precisamente, sobre el as-

22 M. Chastang, «Jouer n'est pas jouer», *loc. cit.*

23 De este modo, la entrevista no directa y el análisis de contenido no podrían ser utilizados como una especie de parón absoluto, pero deben proporcionar un medio de controlar continuamente tanto el sentido de las preguntas planteadas como las categorías según las cuales son analizadas e interpretadas las respuestas.

pecto político de esas relaciones, están casi inevitablemente condenadas a terminar con la agravación de los conflictos de clase porque las exigencias técnicas a las cuales se deben someter las obligan a excluir las situaciones críticas y, por ello mismo, se les vuelve difícil captar o prever las conductas que nacerían de una situación conflictiva. Como lo observa Marcel Maget, hay que «remitirse a la historia para descubrir las constantes (si es que existen) de reacciones a situaciones nuevas. La novedad histórica actúa como "reactivo" para revelar las virtualidades latentes. De allí la utilidad de seguir al grupo estudiado cuando se enfrenta a situaciones nuevas, cuya evocación no es nada más que un remedio para salir del paso, pues no se pueden multiplicar las preguntas hasta el infinito».²⁴

En efecto, contra la definición restrictiva de las técnicas de recolección de datos que confiere al cuestionario un privilegio indiscutido y la posibilidad de ver nada más que sustitutos aproximativos de la técnica real en métodos no obstante tan codificados y tan probados como los de la investigación etnográfica (con sus técnicas específicas, descripción morfológica, tecnología, cartografía, lexicografía, biografía, genealogía, etc.), hay que restituir a la observación metódica y sistemática su primado epistemológico.²⁵ Lejos de constituir la forma más neutral y controlada de la elaboración de datos, el cuestionario supone todo un conjunto de exclusiones, no todas escogidas, y que son tanto más perniciosas cuanto más inconscientes permanecen: para poder confeccionar un cuestionario y saber qué se puede hacer con los hechos que produce, hay que saber lo que hace el cuestionario, es decir entre otras cosas, lo que no puede hacer. Sin hablar de las preguntas que las normas sociales que regulan la situación de encuesta prohíben plantear, ni mencionar aquellas que el sociólogo omite: hacer cuando acepta una definición social de la sociología, que no es sino el calco de la imagen pública de la sociología como referéndum, ni siquiera las preguntas más objetivas, las que se refieren a las conductas, no recogen sino el resultado de una observación efectuada por el sujeto sobre su propia

24 M. Maget, *Guide d'étude directe des comportements culturels*, París, C.N.R.S., 1950, pág. xxxi.

25 Se encontrará una exposición sistemática de esta metodología en la obra de Marcel Maget antes citada.

conducta. Por eso la interpretación sólo vale si se inspira en la intención expresa de discernir metódicamente de las acciones las intenciones confesadas y los actos declarados que pueden mantener con la acción relaciones que vayan desde la valoración exagerada, o la omisión por inclinación a lo secreto hasta las deformaciones, reinterpretaciones e incluso los «olvidos selectivos»; tal intención supone que se obtenga el medio de realizar científicamente esta distinción, sea por el cuestionario mismo, sea por un uso especial de esta técnica (piénsese en las encuestas sobre los supuestos o sobre los *budgets-temps* como cuasi-observación) o bien por la observación directa. Por tanto, uno se ve llevado a invertir la relación que ciertos metodólogos establecen entre el cuestionario, simple inventario de palabras, y la observación de tipo etnográfico como inventario sistemático de actos y objetos culturales:²⁶ el cuestionario no es nada más que uno de los instrumentos de la observación, cuyas ventajas metodológicas, como por ejemplo la capacidad de recoger datos homogéneos que también se inscriben en el campo de un análisis estadístico, no deben disimular sus límites epistemológicos; de manera que no sólo no es la técnica más económica para captar las conductas normalizadas, cuyos procesos rigurosamente «determinados» son altamente previsible y pueden ser en consecuencia captados en virtud de la observación o la interrogación sagaz de algunos informantes, sino que se corre el peligro de desconocer ese aspecto de las conductas, en sus usos más ritualizados, e incluso, por un efecto de *desplazamiento*, a desvalorizar el proyecto mismo de su captación.²⁷

26 Al poner todas las técnicas etnográficas dentro de la categoría desvalorizada del *qualitative analysis*, los que privilegian absolutamente el *quantitative analysis* se condenan a ver en él sólo un recurso por una suerte de etnocentrismo metodológico que lleva a referirlos a la estadística como a su verdad, para terminar viendo nada más que una «cuasi-estadística» en la que se encuentran «cuasi-distribuciones», «cuasi-correlaciones» y «cuasi-datos empíricos». «La reunión y el análisis de los cuasi-datos estadísticos sin duda pueden ser practicados más sistemáticamente de lo que lo han sido en el pasado, por lo menos si se piensa en la estructura lógica del análisis cuantitativo para tenerla presente y extraer precauciones y directivas generales» (A. H. Barton y F. Lazarsfeld, «Some Functions of Qualitative Analysis in Social Research», *loc. cit.*).

27 Inversamente, el interés preferente que los etnólogos conceden a los aspectos más determinados de la conducta, a menudo es paralelo con la indiferencia por el uso de la estadística, que es la única capaz de medir la distancia entre las normas y las conductas reales.

Los metodólogos suelen recomendar el recurso a las técnicas clásicas de la etnología, pero haciendo de la medición la medida de todas las cosas y de las técnicas de medición la medida de toda técnica, no pueden ver en ellas más que apoyos subalternos o recursos para «encontrar ideas» en las primeras fases de una investigación,²⁸ excluyendo por esto el problema propiamente epistemológico de las relaciones entre los métodos de la etnología y los de la sociología. El desconocimiento recíproco es tan perjudicial para el progreso de una y otra disciplina como el entusiasmo desmedido que puede provocar préstamos incontrolados; por otra parte las dos actitudes no son exclusivas. La restauración de la unidad de la antropología social (entendida en el pleno sentido del término y no como sinónimo de etnología) supone una reflexión epistemológica que intentaría determinar lo que las dos metodologías deben, en cada caso, a las tradiciones de cada una de las disciplinas y a las características de hecho de las sociedades que toman por objeto. Si no existen dudas de que la importación descontrolada de métodos y conceptos que han sido elaborados en el estudio de las sociedades sin escritura, sin tradiciones históricas, socialmente poco diferenciadas y sin tener muchos contactos con otras sociedades, pueden conducir a absurdos (piénsese por ejemplo en ciertos análisis «culturalistas» de las sociedades estratificadas), es obvio que hay que cuidarse de tomar las limitaciones condicionales por límites de validez inherentes a los métodos de la etnología: nada impide aplicar a las sociedades modernas los métodos de la etnología, mediante el sometimiento, en cada caso, a la reflexión epistemológica de los supuestos implícitos de esos métodos que se refieren a la estructura de la sociedad y a la lógica de sus transformaciones.²⁹

No hay operación por más elemental y, en apariencia, automática que sea de tratamiento de la información que no implique una elec-

ción epistemológica e incluso una teoría del objeto. Es evidente, por ejemplo, que es toda una teoría, consciente o inconsciente, de la estratificación social lo que está en juego en la codificación de los indicadores de la posición social o en la demarcación de las categorías (ténganse presentes, por ejemplo, los diferentes índices entre los cuales se puede escoger para definir los grados de «cristalización del estatus»). Aquellos que, por omisión o imprudencia, se abstienen de sacar todas las consecuencias de esta evidencia se exponen a la crítica frecuentemente dirigida a las descripciones escolares que tienden a sugerir que el método experimental tiene por objeto descubrir relaciones entre «datos» o propiedades prestablecidas de esos «datos». «Nada hay de más engañoso —decía Dewey— que la aparente sencillez de la investigación científica tal como la describen los tratados de lógicas», esta sencillez especiosa alcanza su punto culminante cuando se utilizan las letras del alfabeto para representar la articulación del objeto: remitiendo en un caso, ABCD, en otro BCFG, en un tercero CDEH y así sucesivamente, se concluye que es C el que evidentemente determina el fenómeno. Pero el uso de este simbolismo es «un medio muy eficaz de oscurecer el hecho de que los materiales en cuestión han sido ya estandarizados y de disimular por ello que toda la tarea de la investigación inductivo-deductiva descansa en realidad sobre operaciones en virtud de las cuales los materiales son homogeneizados».³⁰ Si los metodólogos están más atentos a las reglas que se deben observar en la manipulación de las categorías ya construidas que a las operaciones que permiten construir las categorías, es porque el problema de la construcción del objeto no puede resolverse nunca de antemano y de una vez para siempre, ya se trate de dividir a una población en categorías sociales, por nivel de ingreso o según la edad. Por el hecho de que toda taxonomía implica una teoría, una división inconsciente de sus alternativas, se opera necesariamente en función de una teoría inconsciente, es decir casi siempre de una ideología. Por ejemplo, dado que los ingresos varían de una manera continua, la división de una población por nivel de ingresos implica necesariamente una teoría de la estratificación: «no se puede trazar una línea de separación absoluta entre los ricos y los pobres, entre los capitalistas terratenientes o inmobiliarios y los trabajadores. Algunos autores pretenden deducir

²⁸ Véase por ejemplo, A. H. Barton y P. E. Lazarsfeld, «Some Functions of Qualitative Analysis in Social Research», *loc. cit.* C. Seitz, M. Deutsch y S. W. Cook se propusieron definir las condiciones en las cuales podría realizarse una transposición fructífera de las técnicas de inspiración etnológica. (*Research Methods in Social Relations*, Rev. vol. I, Methuen, 1959, págs. 59-65).

²⁹ Tal sustentación del método etnológico es la que realiza R. Bierstedt en su artículo «The Limitation of Anthropological Method in Sociology», *American Journal of Sociology*, LXV, 1948-1949, págs. 25-30.

³⁰ J. Dewey, *Logic: The Theory of Inquiry*, Nueva York, Holt, 1938, pág. 431, n. 1.

de este hecho la consecuencia de que en nuestra sociedad no cabe ya hablar de una clase capitalista, ni oponer la burguesía a los trabajadores». ³¹ Es tanto como decir, agrega Pareto, que no existen ancianos, puesto que no se sabe a qué edad, o sea en qué momento de la vida, comienza la vejez.

Habría que preguntarse, por último, si el método de análisis de datos que parece el más apto para aplicarse en todos los tipos de relaciones cuantificables, como es el análisis multivariado, no debe someterse siempre a la interrogación epistemológica; en efecto, partiendo de que se puede aislar por turno la acción de las diferentes variables del sistema completo de relaciones dentro del cual actúan, a fin de captar la eficacia propia de cada una de ellas, esta técnica no puede captar la eficacia que puede tener un factor al insertarse en una estructura e incluso la eficacia propiamente estructural del sistema de factores. Además, al obtener por un corte sincrónico un sistema definido por un equilibrio puntual, se está expuesto a dejar escapar lo que el sistema debe a su pasado y, por ejemplo, el sentido diferente que pueden tener dos elementos semejantes en el orden de las simultaneidades por su pertenencia a sistemas diferentes en el orden de la sucesión, es decir por ejemplo, en diferentes trayectorias biográficas. ³² Generalmente, una hábil utilización de todas las formas de cálculo que permite el análisis de un conjunto de relaciones supondría un conocimiento y una conciencia perfectamente claros de la teoría del hecho social, considerado en los procedimientos en virtud de los cuales cada uno de ellos selecciona y construye el tipo de relación entre variables que determinan su objeto.

Así como las reglas técnicas del uso de técnicas son fáciles de emplear en la codificación, así son difíciles de determinar los principios que permiten una utilización de cada técnica que tenga en cuenta conscientemente los supuestos lógicos o sociológicos de sus operaciones y, aún más, de plasmarse en la práctica. En cuanto a los principios de los prin-

³¹ V. Pareto, *Cours d'économie politique*, t. II, Ginebra, Droz, pág. 385. Las técnicas más abstractas de división del material tienen por objeto justamente anular las unidades concretas como generación, biografía y carrera.

³² Véase P. Bourdieu, J.-C. Passeron y M. de Saint-Martin, *Rapport pédagogique et communication*, Cahiers du Centre de Sociologie Européenne, n° 2, París, La Haye, Mouton, 1965, págs. 43-57.

cipios, los que rigen el uso correcto del método experimental en sociología, y por esa razón constituyen el fundamento de la teoría del conocimiento sociológico, están en este punto tan opuestos a la epistemología espontánea que pueden ser constantemente transgredidos en nombre mismo de preceptos o fórmulas de las cuales se cree sacar partido. De este modo, la misma intención metodológica de no atenerse sino a las expresiones conscientes, puede llegar a otorgar, a construcciones tales como el análisis jerárquico de opiniones, el poder de elevar las declaraciones, aun las más superficiales, a actitudes que son su principio, es decir de transmutar mágicamente lo consciente en inconsciente, o por un proceso idéntico, pero que fracasa por razones inversas, a buscar la estructura inconsciente del mensaje de prensa por medio de un análisis estructural que no puede otra cosa, en el mejor de los casos, que redescubrir penosamente algunas verdades primeras mantenidas conscientemente por los productores del mensaje.

Del mismo modo, el principio de la neutralidad ética, lugar común de todas las tradiciones metodológicas, paradójicamente puede incitar, en su forma rutinaria, al error epistemológico que aspira prevenir. Es en nombre de una concepción simplista del relativismo cultural como ciertos sociólogos de la «cultura popular» y de los medios modernos de comunicación pueden crearse la ilusión de actuar de acuerdo con la regla de oro de la ciencia etnológica al considerar todos los comportamientos culturales, desde la canción folclórica hasta una cantata de Bach, pasando por una canción de moda, como si el valor que los diferentes grupos les reconocen no formara parte de la realidad, como si no fuera preciso referir siempre las conductas culturales a los valores a los cuales se refieren objetivamente para restituirles su sentido propiamente cultural. El sociólogo que se propone ignorar las diferencias de valores que los sujetos sociales establecen entre las obras culturales, realiza de hecho una transposición ilegítima, en tanto inconsciente, del relativismo al cual se ve obligado el etnólogo cuando considera culturas correspondientes a sociedades diferentes: las diferentes «culturas» existentes en una misma sociedad estratificada están objetivamente situadas unas en relación con las otras, porque los diferentes grupos se sitúan unos en relación con otros, en particular cuando se refieren a ellas; por el contrario, la relación entre culturas correspondientes a sociedades diferentes puede existir sólo en y por la comparación que efectúa el etnólogo. El relativismo integral y mecánico des-

78 EL OFICIO DE SOCÍLOGO

boca en el mismo resultado que el etnocentrismo ético: en los dos casos el observador sustituye la relación con los valores que mantienen objetivamente aquellos que él observa, por su propia relación con los valores de éstos (y de ese modo con su valor).

«¿Cuál es el físico -pregunta Bachelard- que aceptaría gastar sus haberes en construir un aparato carente de todo significado teórico?» Numerosas encuestas sociológicas no resistirían tal interrogante. La renuncia pura y simple ante el dato de una práctica que reduce el cuerpo de hipótesis a una serie de anticipaciones fragmentarias y pasivas condena a las manipulaciones ciegas de una técnica que genera automáticamente *artefactos*, construcciones vergonzosas que son la caricatura del hecho metódica y conscientemente construido, es decir de un modo científico. Al negarse a ser el sujeto científico de su sociología, el sociólogo positivista se dedica, salvo por un milagro del inconsciente, a hacer una sociología sin objeto científico.

Olvidar que el hecho construido, según procedimientos formalmente irreprochables, pero inconscientes de sí mismos, puede no ser otra cosa que un *artefacto*, es admitir, sin más examen, la posibilidad de aplicar las técnicas a la realidad del objeto al que se las aplica. ¿No es sorprendente que los que sostienen que un objeto que no se puede captar ni medir por las técnicas disponibles no tiene existencia científica, se vean llevados, en su práctica, a no considerarlo como digno de ser conocido más que lo que puede ser medido o, peor, a conceder sólo la existencia científica a todo lo que es pasible de ser medido? Los que obran como si todos los objetos fueran apreciables por una sola y misma técnica, o indiferentemente por todas las técnicas, olvidan que las diferentes técnicas pueden contribuir, en medida variable y con desigual rendimientos, al conocimiento del objeto, sólo si la utilización está controlada por una reflexión metódica sobre las condiciones y los límites de su validez, que depende en cada caso de su adecuación al objeto, es decir a la teoría del objeto.³³ Además, esta reflexión sólo puede permitir la reinención creadora que exige idealmente la aplicación de

una técnica, «inteligencia muerta y que la mente debe resucitar», y a *fortiori*, la creación y aplicación de nuevas técnicas.

4. LA ANALOGÍA Y LA CONSTRUCCIÓN DE HIPÓTESIS

Para saber construir un objeto y al mismo tiempo conocer el objeto que se construye, hay que ser consciente de que todo objeto científico se construye deliberada y metódicamente y es preciso saber todo ello para preguntarse sobre las técnicas de construcción de los problemas planteados al objeto. Una metodología que no se planteara nunca el problema de la construcción de las hipótesis que se deben demostrar no puede, como lo señala Claude Bernard, «dar ideas nuevas y fecundas a aquellos que no las tienen; servirá solamente para dirigir las ideas en los que las tienen y para desarrollar las a fin de sacar de ellas los mejores resultados posibles [...]». El método por sí mismo no engendra nada.³⁴

Contra el positivismo que tiende a ver en la hipótesis sólo el producto de una generación espontánea en un ambiente infeccioso y que espera ingenuamente que el conocimiento de los hechos o, a lo sumo, la inducción a partir de los hechos, conduzca de modo automático a la formulación de hipótesis, el análisis crítico de Husserl, como el análisis histórico de Koyré demuestran, a propósito del procedimiento paradigmático de Galileo, que una hipótesis como la de la inercia no puede ser conquistada ni construida sino a costa de un golpe de estado teórico que, al no hallar ningún punto de apoyo en las sensaciones de la experiencia, no podía legitimarse más que por la coherencia del desafío imaginativo lanzado a los hechos y a las imágenes ingenuas o cultas de los hechos.³⁵

³⁴ C. Bernard, *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, op. cit., cap. II, § 2.

³⁵ E. Husserl, «Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendental-Phänomenologie: Eine Einleitung in die phänomenologische Philosophie» (trad. francesa E. Gerver, «La crise des sciences européennes et la phénoménologie transcendantale», *Les Études philosophiques*, n.º 2 y 40, París [1954 ed. en esp.]). Koyré, más sensible que cualquier otro historiador de la ciencia a la ingenuidad experimental de Galileo, no vacila sin embargo en observar en el preguiso de construir una física arquimediana el principio motor de la revolución científica iniciada por Galileo. Es la teoría, vale decir, en este caso la intuición teórica del principio de inercia, que precede a la experiencia y la hace posible

³³ El uso monomaniaco de una técnica particular es el más frecuente y también el más frecuentemente denunciado: «Dad un marfillo a un niño -dice Kaplan-, y se verá que todo le habrá de parecer mercedor de un marfilazo» (*The Conduct of Inquiry*, op. cit., pág. 112).